

SUSANA, EL JUEZ Y YO

Autor:

VICTOR A. GONZALEZ S.

Docente de la Fac. de Psicología

Cuando en la página número 16 de la novela , "Todos los hombres del presidente", best seller de Carl Bernstein y Bob Woodward, leía:

"El juez le preguntó cuál era su ocupación.

--- Consejero de seguridad.

El juez le preguntó dónde ejercía su oficio

Mc Cord, con voz suave, respondió que hacía poco se había retirado del servicio del gobierno. En ese momento, Woodward se cambió a la primera fila y se inclinó adelante, interesado.

--- ¿En qué servicio del gobierno? --- insistió el juez.

--- La CIA --- respondió Mac Cord casi en un susurro.

El juez vaciló ligeramente.

--- ¡Mierda! --- pensó casi en alta voz Woodward --- La CIA, cerré el libro dejando el dedo índice como señal de página; reacomodé la cabeza sobre la chata almohada, levanté la mirada y vi a Susana, desnuda y contoneándose graciosamente en la ancha tira niquelada de la puerta del cuarto de baño, a dos pasos de la planta de mis pies.

A decir verdad, no soy creyente --- aunque ahora tengo mis dudas ---, en la existencia de los fenómenos parapsicológicos. Pensé, sin embargo, que la aparición de Susana en la placa niquelada del baño bien podría ser una manifestación típica de la así llamada comunicación a distancia. Digo esto, porque Susana no estaba en ningún lugar de los treinta metros cuadrados de mi cuarto; por tanto, pudo ser ella quien, desde donde estuviere, estaba haciéndome advertencia tan repentina en la forma de nuestra fogosa y habituai relación. "¡Vaya!, esto no puede ser casual", dije para mi coleteo; algo quería significar aquello de que Susana se me apareciera reflejada en seguida de que yo terminara de leer el párrafo de la página número 16 en el que la palabra "juez" constaba escrita cuatro veces.

Concatenar el asunto era muy fácil para mí, puesto que era yo amante de Susana, y, ella, a su vez, amante de un juez en la ciudad. Luego, aquí estaba, o podría estar, pensé, el meollo de tan inusitada comunicación que terminó por parecerme un oportuno aviso, aunque no dejé de imaginar que bien pudieron ser mis obsesivos deseos por la dama, o algún indicio de contrición sugerido por mi subconciente.

De graciosas facciones, Susana era también una mujer esbelta de senos erguidos, piel limpia y tersa, bien torneados

muslos y de nalgas firmes y redondas. Una real hembra, como suele decirse.

Antes de escurrir el libro por debajo de la almohada, repasé rápidamente los ojos sobre el párrafo, y volví a leer por cuatro veces la palabra "juez". Dije: Humm, y de un salto caí sobre las pantuflas con las que habíame obsequiado Susana unos días antes; me puse de pie, y acomodándome los calzoncillos caminé a colocarme al lado de las gruesas cortinas del único ventanal de vidrio. Al sesgo. Abrí un cantillo de la cortina nada más que lo necesario para que pudiera asomar un ojo, justo en el momento en el que el chofer del Mercedes Benz, último modelo, abría cortesana-mente la puerta y comenzaba a surgir la mediacalva de un hombre alto, gordo y vestido con terno de lino blanco, a lo tropical: ¡El juez!, dije con el resoplo de la alarma y me alboroté nerviosamente el cabello.

Hizo, el juez, un repaso panorámico a su alrededor; por un momento fijó la mirada en mi ventanal, en el punto exacto desde el que yo también lo miraba; contuve la respiración para no provocar el más leve movimiento de la cortina; me contraje todo, y sentí patente como se me recogía la piel del escroto y subían los testículos. No era para menos.

"El revólver" pensé, cuando claramente percibí una deformación en la superficie del portafolio que pendía de su blanca y regordeta mano izquierda. Frunció el entrecejo, volvió a mirar a mi ventana, esta vez imprecisamente, y, perfilándose la nariz, se encaminó hacia el zaguán que lo llevaría a la oficina de enfrente. Aflojé el aire de golpe, me tranquilicé pasándome la mano izquierda desde la frente hasta la coronilla, y ya no pensé si no en espiar cuanto pudiese acerca de qué asuntos habíanlo llevado haia aquella oficina, tan cerca de donde regocijábame con nuestra amante mutua.

La gestión fue muy pronta: el juez abrió el maletín sobre el escritorio; sin titubear acomodó dentro unos cuantos fajos de billetes de banco ceñidos firmemente con cinta engomada, comprobó en seguida la seguridad de la cerradura, sonrió formalmente con el fulano que le entregaba los fajos haciendo una cortés inclinación de cabeza, y tomó el camino de la puerta de salida.

Solté, aliviado ya, el canto de la cortina, me pasé las palmas de las manos por la barbilla: "Coincidencias, coincidencias" dije, y me tendí nuevamente en la comodidad de mi cama esbozando una sonriza, que, al instante tornóseme en crispada mueca por los tres toquidos secos con los que llamaban a la puerta: Me quedé de una pieza, envarado mirando el artesón de yeso del cielorraso: Vi al juez descargándome sus reproches y todas las balas de su Smith Wesson 38 largo; víme despatarrado en decúbito supino, muerto por un balazo en el entrecejo y otro en el área cardíaca; al Comisario de turno en la rutina de la ceremonia del levantamiento del cadáver, a los fotógrafos disparando sus flashes desde diversos ángulos, a las vecinas con los ojos a todo pelar, atrapadas las mejillas con sus manos, las cejas levantadas y con la boca haciendo culo de gallina: "le advertimos..."

Me levanté, caminé sin arrastrar las pantuflas, di vueltas despacito al pomo de la chapa, y de un tirón abrí la puerta listo a lanzarle un soberano sopapo al juez y luego que sea lo que Dios quiera: "...Porqué demoraste tanto en abrir, mijito" entró diciendo Susana con el tono melosito y entornando sus ojos negros...; "te noto algo pálido" terminó. Solamente dije: "Ahá".

Se detuvo al pie de la cama. Hasta los tobillos chorreó su vestido con un meneito sensual, y me alumbró la vida con su mirada cachonda y la maravilla de su espléndida desnudez.